

Capítulo 2- Para Glorificar a Dios, no al hombre

No hay ninguna santidad divina descansando sobre el veinticinco de diciembre; y no es agradable a Dios que todo lo que concierne a la salvación de los hombres a través del sacrificio infinito hecho por ellos, sea tan tristemente pervertido de su diseño profesado. Cristo debería ser el objeto supremo; pero como se ha observado la Navidad, la gloria se desvía de Él hacia el hombre mortal, cuyo carácter pecaminoso y defectuoso hizo necesario que viniera a nuestro mundo. {RH December 9, 1884, par. 3}

Jesús, la Majestad del cielo, el Rey real del cielo, dejó a un lado su realeza, abandonó su trono de gloria, su alto mando, y vino a nuestro mundo para traer al hombre caído, debilitado en su poder moral, y corrompido por el pecado, la ayuda divina. Vistió su divinidad con la humanidad, para poder llegar a las profundidades de la aflicción y la miseria humanas, para elevar al hombre caído. Al asumir la naturaleza del hombre, elevó a la humanidad en la escala de valor moral con Dios. Estos grandes temas son casi demasiado elevados, demasiado profundos, demasiado infinitos, para la comprensión de las mentes finitas. {RH December 9, 1884, par. 3}

Los padres deben mantener estas cosas ante sus hijos e instruirlos, línea tras línea, precepto tras precepto, en su obligación para con Dios, no en su obligación para con los demás, de honrarse y glorificarse mutuamente con regalos y ofrendas. Pero se les debe enseñar que Jesús es el Redentor del mundo, el objeto del pensamiento, del esfuerzo esmerado; que Su obra es el gran tema que debe atraer su atención; que deben llevarle sus dones y ofrendas. Así hicieron los sabios y los pastores. {RH December 9, 1884, par. 4}